

ANA OLIVO



Un día de estos,
cojo la maleta y

ME LARGO

narrativa



TÁBATA

(Tábata adulta)

Cuarenta y tantos años, desquiciada y desencantada, está en un punto de no retorno. Su pareja y sus hijos se han convertido en su criptonita. Dos hijos adolescentes y una pareja a la que no puede gritar y mandar castigada a la habitación.

El cansancio, los años y el estrés han hecho mella en su ánimo y en su personalidad.

Con ocho kilos más, sin vida social, y ningún tipo de afición o distracción, entregó su cuerpo y alma al cuidado de la familia, las tareas domésticas y al aburrido y monótono trabajo de oficina.

Una vida llena de cargas mentales, que cada día pesan un poquito más.

Doce de la noche, después de un día agotador de trabajo y estudio, Otto y sus hijos adolescentes, Daniel y Astrid, duermen plácidamente en sus camitas sin pensar si hace falta poner una lavadora, tender la ropa o dar de comer a los peces.

Este es el momento en el que empieza la rutina doméstica de Tábata:

Comidas, lavadoras, ordenar, limpiar... y todas esas cosas aburridas y pesarasas tareas que a nadie le apetece hacer.

Afortunadamente Astrid y Daniel son adolescentes, no necesitan ayuda con los deberes, el desgaste de neuronas y paciencia que supondría sería devastador para una mente cansada.

Tábata deja todo preparado para que, al día siguiente, Otto vaya a trabajar con ropa limpia y planchada. Una tartera llena de comida casera, y una pequeña lista para que haga algún que otro recado antes de volver a casa.

Más tarteras llenas de comida para que Astrid y Daniel sacien su voraz apetito de adolescentes con solo pulsar el botón del microondas.

Un esfuerzo que jamás valorarán ni siquiera saciando de la boca de su *influencer* preferido.

Cae en la cama rendida después de estar una hora metida en la cocina, más otra hora dedicada a esa labor tan desagradecida: «La plancha».

Ese círculo vicioso de plancha-dobla-coloca que nadie respeta.

Cada vez que Tábata vuelve a reponer la ropa perfectamente doblada en los cajones, encuentra todo arrugado y desdoblado.

En ese momento le brotan diez canas en cada sien. Se acentúan aún más las arrugas del ceño, salen de su boca disparadas como proyectiles tres palabrotas de las gordas.

No necesita ninguna pastilla o infusión para poder dormir, cierra los ojos y en dos segundos entra en un profundo sueño, logrando entrar directamente en fase REM.

Así día tras día durante más de veinte años.

Ni siquiera puede sacar fuerzas para echar un polvo, le parece una falta de respeto quedarse dormida en mitad de un cunnilingus, aunque este le asegure tener dulces sueños.

Ha perdido la libido, y tampoco hace por volver a recuperarlo. La falta de apetito sexual no tiene nada que ver con la pérdida de atractivo de Otto. Con los años ha perdido tono muscular y su incipiente barriga no es nada sexy, un *fofisano* en toda regla.

Se ha vuelto un voraz comilón capaz de rastrear el olor de un gofre a kilómetros de distancia.

Nada de esto influye en su inapetencia sexual, el remedio no son unas abdominales marcadas, sino un poquito de atención y cariño.

Suena el despertador. Las siete de la mañana. Prepara el desayuno para todos al mismo tiempo que va apuntando en un trozo de papel la lista de la compra.

Zumo, café, tostadas y algo de fruta para empezar el día con energía.

Da un pequeño sorbo a la taza mellada con las legañas aún pegadas.

Tiene diez minutos de margen para ducharse y arreglarse. Único momento en el cual deja resbalar el estrés, y las pompas de jabón con olor a albaricoque.

La falta de interés respecto a los cuidados de su imagen son las mismas desde que era una adolescente, es decir, nada.

A sus cuarenta y tantos años su dejadez ha alcanzado límites insospechados, ella lo define como una cuestión de comodidad.

No sigue ningún tratamiento para el cabello, en el baño solo existen dos botes, gel y champú, de tamaño familiar a ser posible y una esponja de plástico, esas que parecen que nunca se ensucian.

Tábata se depila muy de vez en cuando, no ve beneficio alguno a ese martirio. Suele tener vello en piernas, axilas y genitales. Es tan fino y rubio que apenas es perceptible. No obstante, ahí están en forma de pelusilla cubriendo su perfecta piel de porcelana que nunca envejece.

Se mira al espejo con el ceño fruncido, observa la pelusilla del bigote que lleva dos meses reposando.

—¡Bah!, no se nota —le dice a la Tábata del espejo guiñando un ojo.

La melena siempre igual, lacia y sin forma alguna.

Con suerte pasa una vez al año por la peluquería, cosa que odia con todas sus fuerzas.

En primer lugar, ha de esperar el turno hojeando revistas del corazón, que aborrece aún más que estar en la peluquería.

Aguantar que una o un desconocido le sobe la cabeza a la vez que intenta entablar una conversación banal que no lleva a ninguna parte. Tábata ve intromisión en lugar de educación y amabilidad. Es algo que le violenta sobre manera, un ritual no apto para gente tímida y antisocial como Tábata.

Nunca se pinta las uñas, de hecho, jamás ha ido a uno de esos sitios donde hacen la manicura y la pedicura. El fuerte olor a químicos que desprenden esos lugares la provocan dolor de cabeza.

Tampoco ha probado nunca las manos de una fisioterapeuta, a pesar de su dolor continuo de espalda y cervicales.

Su genética es delgada; a pesar de haber cogido ocho kilos de más se sigue viendo estilizada, mide un metro sesenta y siete y pesa sesenta y tres kilos.

Pecho pequeño, culo carpeta, tez de porcelana, ojos azul turquesa y una melena rubia completan la descripción física de Tábata.

No hay tiempo, ¡llega tarde! Se ha entretenido en la ducha, demasiado derroche de agua a cambio de unos relajantes minutos.

Sube con algo de esfuerzo unos vaqueros pitillo de color negro, jersey amplio y sus incombustibles zapatillas *All Star*, único capricho material que se concede sin escatimar en gastos.

Besos cortos a todos y ningún abrazo para despedirse.

—¿Habéis visto mis llaves? —repite una y otra vez nerviosa viendo cómo pasan los minutos, ritual que se repite cada mañana.

—Si dejases las llaves en el mismo sitio, nunca tendrías que buscarlas —dice Otto sin mirarla concentrado en su taza de café.

—¿Me lo dice el que pregunta dónde están sus calzoncillos?

—Solo pretendo ayudar —responde Otto.

—No ayudas, llego tarde —dice malhumorada.

Por fin encuentra las llaves en otro bolso diferente al que lleva puesto. Insulta a las llaves como si estas fueran las responsables de moverse de un bolso a otro.

Cierra la puerta un pelín más fuerte de lo habitual, es su manera de decir sin palabras que está enfadada.

Es un lenguaje no verbal que indica a la perfección su estado de ánimo. Tábata ha adquirido a lo largo de los años un lenguaje no verbal: un portazo, el chirriante ruido del cuchillo en el plato, cerrar los cajones como si fueran la puerta de un búnker, cerrar la puerta de la lavadora como si fuera la escotilla de un submarino o desplegar el tendedero como si fuera una maraca, sobre todo si la familia duerme.

El principal objetivo de este idioma no verbal es lanzar un mensaje de hastío. Dependiendo de la intensidad y tipo de ruido, el enfado es mayor o menor, todo un arte...

El trayecto en Metro lo dedica a ponerse al día con su tía Mariola a través de cien mensajes de texto por su parte y tres o cuatro mensajes de voz de cinco minutos por parte de su tía.

Una mujer muy arreglada con traje de chaqueta que tiene en frente está mirando descaradamente de arriba abajo a la concentrada Tábata que escucha con especial atención el audio de su tía.

Esta lleva un traje de chaqueta negro entallado, una falda lápiz que marca a la perfección sus largas piernas musculadas de gimnasio. Una estiradísima cola de caballo decolorada achina sus ojos marcando aún más el perfecto trazo del *eyeliner*. Los descarados labios rellenos de ácido hialurónico embadurnados con un meloso brillo de labios delatan la antinatural intervención de estética.

Tábata se da cuenta de que lleva puesto el jersey del revés, con razón no vio las pelotillas que está acostumbrada a llevar por la falta de ganas de renovar su armario.

Intenta colocar un poco el pelo sin mucho estilo. Desafía a la ejecutiva con su mirada ojerosa mientras piensa en el tiempo que habrá invertido a esa laboriosa restauración, seguramente debida a la crisis de los cuarenta y tantos.

Fin de trayecto, sale del vagón de Metro con mucha dignidad a pesar de llevar a la vista la etiqueta desgastada del jersey.

Siempre corriendo a la oficina, un trayecto de treinta minutos sumando el tramo que tiene que hacer a trote cochinerito.

Lo primero que hace al entrar al edificio donde se encuentra su oficina es sacar una café de máquina.